

en ayudarlos, aliviarlos, servirlos, y los sostiene, los defiende, los excusa y oculta sus defectos.

»El religioso que es *hijo de la casa*, después de Dios, no ama ninguna otra cosa tanto como á su comunidad; nada desea tanto como verla prosperar, es decir, desarrollarse, conservar su espíritu y conseguir su fin, procurando la gloria de Dios y la salvación de las almas. Considerándose, y con razón, obligado á contribuir por su parte al bien de la comunidad, se esfuerza por dar siempre, y en todas partes, ejemplo de regularidad, de piedad, de sumisión, de buen espíritu, de abnegación; no perdona pena ni trabajo por lograr el buen éxito de las escuelas, la buena administración de la casa, aun en lo temporal, y no retrocede ante ningún sacrificio cuando se trata del bien común, de la edificación, de la utilidad de los hermanos y del servicio de la comunidad.

»III. Solamente el religioso que tiene los afectos y el espíritu de familia encuentra en la religión el céntuplo de bien y contento prometido por Jesucristo. Como sólo vive para la comunidad, como se sacrifica por el bien de sus hermanos, y no pierde ocasión de serles útil y darles gusto, le pagan en la misma moneda y recibe el céntuplo de lo que da; todos le aman y se sacrifican por él, todos los corazones se le rinden, y tiene tantos servidores, ó mejor dicho, tantos hermanos y tantos amigos como son los miembros de la comunidad.

»En cuanto al hermano *fámulo*, no sólo no recibe el céntuplo, pero ni siquiera encuen-

tra en la religión satisfacción y contento de ninguna clase. Como no ama verdaderamente á ninguno de sus hermanos, sino que vive como un egoísta, no tiene las simpatías de nadie: le soportan y evitan el disgustarle, porque así lo ordena la caridad cristiana; pero no pueden tener con él los miramientos y atenciones que él no tiene con los demás, ni darle aquellas pruebas de cariño que su corazón no sería capaz de comprender ni apreciar. Así que me atrevo á decir que no hay hombre más desgraciado que el religioso que no tiene el espíritu de familia, es decir, que no está dispuesto á sacrificarse generosamente por su comunidad, que conserva su afecto para las personas á quienes ha dejado, y que vive en la comunidad como un extraño que tiene en otra parte su tesoro.»

ARTÍCULO QUINTO

Ilusiones sobre los peligros de la vida religiosa.

Quando una joven se dispone para abrazar la vida religiosa, no puede imaginarse que haya *algunos peligros* en esas casas que con tanta verdad se llaman *casas de Dios*.

Para su alma inexperta, toda casa religiosa es *un puerto* en donde no se dejan sentir jamás las tempestades.

Es *una fortaleza* en la que no penetran ni el mundo ni el demonio.

Es *un paraíso* en donde se vive con Dios, se sirve á Dios, se goza al lado de Dios.

Es *un navio* que conduce directamente al cielo en medio de la paz, de la caridad y de la dicha.

Verdaderas son estas imágenes que *atraen* al alma fiel é inocente á la vida religiosa, porque la ponen á cubierto y *tranquilizan* al alma culpable, porque le ofrecen la facilidad de volver á Dios y de permanecer fiel á Dios. Pero si la vida religiosa es realmente *un puerto, una fortaleza, un paraíso*, el alma que á ella se retira va acompañada de *sus malas inclinaciones* que en el mundo le daban á conocer su flaqueza y la humillaban tan profundamente; el demonio penetra también allí con todo su odio, con toda su rabia, con toda su astucia; de suerte que si en la vida religiosa los peligros son *menos frecuentes* que en el mundo: si ofrecen *menos atractivos*; si son *más visibles y más fáciles de evitar*, no dejan de existir, ni exigen menos que en el mundo minuciosas precauciones.

¡Ah! Del convento, como de en medio del mundo, se puede caer en el infierno, y la caída es mucho más terrible porque es de más alto. De este paraíso se puede bajar al infierno y hundirse más profundamente, porque, siendo mayor el abuso de las gracias, es mucho mayor la culpa.

«No es el lugar—dice san Bernardo—el que santifica á las personas, sino las personas son las que deben santificar el lugar. No es la santidad del estado, sino el estado de santidad el único que puede salvarnos, y puede uno perderse en el estado más santo y elevado.» Ved.

si no al ángel en el cielo, á Adán en el Paraíso terrenal, á Judas en la compañía de Jesús.

Y cuanto más grande ha sido en este mundo el amor de Dios para con una alma, tanto más grandes serán en el otro el abandono en que la deje y el castigo que le imponga; cuanto más grande haya sido la misericordia de Dios, tanto mayor será el desprecio con que tratará al alma ingrata que le haya abandonado.

Y estos peligros son tanto más temibles cuanto que el demonio los oculta con más cuidado.

1.º Nos tranquiliza persuadiéndonos de que tenemos una firme voluntad de no cometer pecado mortal. No, ciertamente; no quieres, no querrás nunca cometerlo directamente; pero si vives continuamente abandonada á la disipación, á la indiferencia, con desprecio *no formal*, sin duda, pero *si real*, de esos estatutos, que son para el conjunto de las reglas lo que son los hilos delicados que unidos entre sí forman una tela, ¿quién puede asegurarte que no te hallarás casi insensiblemente inclinada á cometer un pecado mortal? Ya veremos más adelante cómo, sobre todo en la religión, *por grados se llega al abismo*.

2.º El demonio nos tranquiliza engañándonos sobre la naturaleza de las faltas á que nos dejamos arrastrar y de las atenuaciones que alegamos.

Claro está que no te dirá: *No te mortifiques*, sino que te dirá: *Tal mortificación es perjudicial para la salud, y tú estás obligada á conser-*

varte fuerte para la comunidad; ¿para qué sirve la que está enferma?

No te dirá: *Deja la oración; pero te dirá: La oración, tal como se hace, es muy molesta, y para ti imposible; ¡hacerla con la comunidad cansa mucho! El asistir al coro te da dolor de cabeza; la capilla es demasiado fría, ó demasiado caliente, ó tiene unas corrientes de aire que te matan.*

No te dirá: *Es preciso que te disipes; pero te dirá: A tu edad no puedes obrar y andar como esas hermanas que ya son viejas; tú necesitas alegría y expansión, porque sin eso la casa parecería un cementerio.*

No te dirá: *No seas modesta; pero te dirá: No hay ningún mal en lo que haces, y es ridículo ser escrupulosa; el mal está donde se le pone.*

No te dirá: *Desobedece, no seas caritativa; pero te dirá: No valen la pena una palabrita dicha de paso, una chanzoneta, una murmuracióncilla inocente, un arranque de mal humor que pasa pronto. Después de todo, tú bien quieres á la superiora y á las hermanas, y no les deseas mal alguno; esto basta.*

Procura no carecer nunca del *temor filial*, dón del Espíritu Santo con cuyo auxilio serás vigilante, temerosa, delicada, fiel á la oración, humilde para recibir un reproche, fuerte para resistir á todas las sugerencias, prudente para distinguir todas las ilusiones y discernir todos los peligros: de éstos vamos á indicar los principales.

I

Peligros procedentes de la memoria,
de la imaginación, del juicio.

Estos peligros pueden proceder de tu *memoria*, de tu *imaginación*, de tu *juicio*, pues si estas facultades no están custodiadas y sujetas por la oración, la vigilancia y la mortificación, experimentan de vez en cuando una *efervescencia* capaz de alarmar á una conciencia delicada; esta *efervescencia*, imposible de dominar después si no se la domina desde un principio, produce *los malos espíritus*, cuyos caracteres hemos indicado en la primera parte de esta obra (cap. VII), y entre los cuales se distinguen los cuatro siguientes, tan justamente llamados *azotes de las comunidades*:

1.º *Espíritu de disipación*, alimentado con *las palabras inútiles* dichas entre las hermanas sin reflexión, por prurito de hablar, por falta de ocupación, ó bien dichas en el locutorio, en aquellas largas visitas donde se pierde todo el fruto de la oración, y de donde casi siempre se sale un poco menos interior.

Alimentado también con *pensamientos inútiles*, que van y vienen por la mente como las nubes por el cielo, que particularmente se presentan durante la oración, el oficio, la visita al Santísimo Sacramento, y de los cuales no podemos deshacernos porque ya se han aclimatado en nosotros.

2.º *El espíritu mundano*, sostenido por la

costumbre de ver y juzgar las cosas con las luces del mundo, como si la fe no tuviera para nosotros una luz que debe ser preferida, por ser la única verdadera. Así, por ejemplo, vemos á las personas, y olvidamos á aquel á quien representan; en cualquier acontecimiento vemos lo que tiene de penoso ó consolador, olvidando que lo ha permitido Dios y que sus efectos encierran algo divino y útil para nuestra santificación; pensamos en el tiempo presente, olvidando la eternidad y sin preguntarnos: *¿De qué me servirá esto para el cielo?*

Alimentado por el continuo deseo de ser vista, alabada, apreciada, de tener empleos distinguidos, despreciar todo lo que rebaja ó humilla, por poco que sea.

3.º *El espíritu de curiosidad*, alimentado con noticias de fuera, que se procuran adquirir á toda costa, ya preguntando diestramente á las torneras ó porterías, ya procurando enterarse de todo con las visitas que van á los locutorios.

Alimentado con noticias de todo lo que ocurre dentro de casa, adquiridas espiando todos los movimientos de las hermanas y aun los de la superiora; se averigua quiénes son las hermanas que no han asistido á tal ejercicio; las que han estado en el locutorio y el tiempo que allí han permanecido; las que la superiora ha llamado á su celda ó las que han ido á verla; se sabe cuántas cartas se han recibido y á quién iban dirigidas; por el aire ó el gesto de algunas hermanas que estaban hablando *se adivina* lo que decían, y se repite ya como cosa

segura; se habla de todos los que tienen relaciones con la casa, de los superiores eclesiásticos y hasta del confesor, á quienes se censura ó alaba sin motivo ni razón.

4.º *El espíritu de crítica*, alimentado por la idea exagerada que cada hermana tiene de su propio juicio y de su valor personal, viéndolo todo, examinándolo todo y queriendo que lo que ella piensa sea ley para todo el mundo. Todo pasa ante el tribunal de este espíritu, en el cual ya no habita Jesucristo tan dulce, tan humilde, tan benévolo: los superiores, el confesor, las hermanas que sirven de carga, las hermanas enfermas, las hermanas conversas....., implacable siempre y sin piedad para todos.

II

Peligros procedentes del corazón.

Estos peligros pueden proceder de tu *corazón*, que tan difícilmente *se despega* de los afectos del mundo, advirtiéndole que sólo hablamos ahora de los afectos legítimos que Dios permite, pero á los que el corazón ha renunciado, y que, sin embargo, le preocupan demasiado, entreteniéndolos, evocándolos, deseando todavía sentir todas sus dulzuras. Se trata aquí particularmente de *los parientes que, amados con amor demasiado humano*, pueden causar mucho daño á la religiosa.

No se le exige, por cierto, que se olvide de su padre, ni de su madre, ni de sus hermanos, ni de sus hermanas; la observancia de *los con-*

sejos evangélicos no destruye el precepto del cuarto mandamiento, y las palabras de Jesucristo que obligan á abandonar al padre y á la madre por seguirle á El, diciendo que *el que ama á su padre ó á su madre más que á El no es digno de El*, no significan que sea preciso borrar por completo del corazón su recuerdo. La religiosa, al entrar en el convento, se ha comprometido á amar á sus parientes de una manera más sobrenatural que antes, es decir, á ocuparse especialmente en su salvación eterna, y nunca, ó sólo de una manera secundaria, en sus negocios temporales. Fuera del caso excepcional de una *pobreza completa* que reclamara el trabajo de la hija para atender á su subsistencia, ó en el de una *enfermedad* en que sólo la hija pudiera asistirlos, no debe la religiosa informarse acerca de su prosperidad material; menos todavía ha de ocuparse en aconsejar, dar su parecer, procurar alguna colocación para sus hermanos ó hermanas, corresponder á unos y á otros. «La religiosa que piensa en eso—dice santa Teresa—tiene el alma muy enferma. El corazón así ocupado ya no tiene paz, ni devoción; ya no pertenece á la comunidad; se ha vuelto al seno de su familia, y muchas veces está arrepentido de haberla dejado. Esto es objeto continuo de distracciones, y por ahí empieza á perderse la vocación (1).»

(1) Al explicar la primera obligación de la religiosa, amar, hemos hablado de la asistencia y socorro que se han de dar á los padres pobres. He aquí sobre este asunto, que tan á menudo turba la paz del alma, las enseñanzas

— ¡Ah! No olvidemos la enérgica expresión de Jesucristo, y dejemos á los muertos enterrar á sus muertos. Amemos mucho, mucho, á nuestros padres y parientes; compadezcámonos de sus penas, pero, sobre todo, enseñémosles á sacar provecho para el cielo de las pruebas y adversidades que el Señor les envía.

2.º Estos peligros pueden nacer de ese *pobre corazón* que se encariña tan fácil y fuertemente, y aun algunas veces tan *apasionadamente*, con una hermana, una niña, una enfer-

que daba el fundador de los *Hermanitos de María*: «Uno de los más peligrosos lazos que el demonio tiende al religioso es inducirle á ocuparse en los negocios temporales de sus parientes, ó por una falsa compasión exagerarle sus necesidades, para que se crea obligado á ayudarlos con medios que la Religión no aprueba. El enemigo de la salvación llega hasta á hacer creer á algunos que les es permitido abandonar la vocación para asistirlos. Es cierto que un hijo está obligado á asistir á su padre y á su madre cuando por sí mismos no pueden proveer á su subsistencia; pero es extraordinariamente raro que un religioso esté obligado á abandonar su vocación por cumplir este deber. Para que se halle en este caso se necesita, según el parecer de los teólogos, lo siguiente:

- »1.º Que las necesidades del padre y de la madre sean extraordinariamente graves.
- »2.º Que no haya otros medios de asistirlos.
- »3.º Que el religioso, al abandonar su vocación, esté muy seguro de que podrá serles útil.
- »4.º Que en esto no siga su propia inclinación, ni juzgue por sí mismo de la gravedad de las necesidades de sus padres, ni de los medios de socorrerlas, sino que obre según el parecer de su superior, que es el único que tiene derecho á decidir lo que tiene que hacer el religioso.
- »5.º Que vuelva á la Religión y á los ejercicios de su vocación en cuanto por la muerte ó por cualquier otra causa cesen las necesidades de sus padres.»

ma ó cualquiera otra persona que se interese un poquito por él, y creyendo que no podría vivir sin un afecto sensible aspira siempre á amar y á ser amado.

¡Pobre corazón! Algunas veces, cuando después de mucho trabajo, y ordinariamente de *decepciones*, ha conseguido, ó por lo menos así lo cree, desprenderse de las criaturas humanas y de esas amistades particulares, cuyos peligros hemos indicado, se aficiona á un pájaro, á un animal doméstico que cuida y acaricia, y del cual no puede separarse, llegando hasta á llorar si se le muere. «No puedo menos de censurar—dice san Ligorio—la rareza de ciertas religiosas que toman cariño á los animales, como gatos y perros; quieren siempre tenerlos consigo, en la mesa..., los llevan á menudo en brazos, los besan y llegan hasta á decirles palabras afectuosas; si estos animales caen enfermos, se afligen; si se mueren, están inconsolables y guardan rencor al que pudo ser causa de ello. Si el querer tanto á los animales es censurable en una persona seglar, con mucho mayor motivo lo es en una esposa de Jesucristo.»

III

Peligros procedentes de la voluntad.

Estos peligros pueden nacer de *la cobardía de la voluntad* acostumbrada á fluctuar entre el deber y el placer, y á examinar donde empieza la falta y donde acaba el deber, para permi-

tirse todo lo que sea posible sin cometer pecado. Siendo tan poco generosa, ¿cómo no ha de sucumbir algunas veces cuando la incite la pasión, y cuando se trate de alejar los pensamientos que la turban durante la oración, y de evitar las ocasiones que, sin ser precisamente malas, son peligrosas?

IV

Peligros procedentes de los sentidos.

Estos peligros pueden nacer de *los sentidos* que parecen subyugados, pero se exaltan á la menor cosa; parecen muertos, y una palabra, una mirada, un recuerdo bastan para electrizarlos. ¡Oh! No te fies de *esa paz* en que te dejan los sentidos quizá por algunos meses; no digas: *ya soy feliz porque no me impresiona ninguna cosa como antes*, y, contando con esta insensibilidad, que es verdaderamente ficticia, no te permitas *aquella lectura* fútil, recreativa, algo mundana, en donde se ocultan pensamientos que te quitarían el gusto de la vocación; *ni aquellas demostraciones* exteriores de amistad que excitarán en ti sensaciones de donde se engendren deseos culpables; *ni esas libertades* en tu porte, en tus miradas, que darán entrada en tu alma á una multitud de pensamientos, de que no podrás deshacerte sino con mucho trabajo.

Los *sentidos* se adormecen, pero no mueren jamás.

V

Peligros procedentes de la misma Regla y del cargo ú oficio.

Estos peligros pueden nacer:

- 1.º Del cumplimiento mismo de la regla que la costumbre nos hace seguir por *rutina*.
- 2.º Del empleo, cuyos pormenores nos induce á descuidar el cansancio.
- 3.º Y, por fin, del conjunto de la vida religiosa, que se hace pesada porque poco á poco se va resfriando el fervor y cayendo el alma en la *tibieza*.

Estudiemos rápidamente estas tres enfermedades del alma: *la rutina, la negligencia, la tibieza*.

I.º—LA RUTINA.

La *rutina* consiste en obrar en la comunidad como una máquina que anda y sigue la *ruta* cuando se le aplica una fuerza; esta máquina es puramente pasiva, y va, y viene y adelanta por impulso ajeno. En las comunidades hay ciertas almas que son lo mismo: apáticas por temperamento, se dejan dominar por la pereza; y como la regla da á la comunidad un movimiento uniforme, siguen ellas la corriente general; van á la oración, al rezo, al trabajo, porque *las otras van*; obran sin *reflexión*, sin motivo, sin *examen*; cuando acaban un ejercicio empiezan otro, luego otro, y.....

nada más. Su vida es mecánica, artificial, por decirlo así, y se la llama *rutinaria*; quizás ellas le dan el nombre de *vida regular*, pero se equivocan: la vida regular es *vida sumisa, vida exacta*, que tiene un objeto conocido y elevado, adonde se dirige, y la regularidad material no es más que el medio de conseguir ese objeto.

Esta manera de vivir tiene indudablemente sus grados, y siempre causa al alma inmensos perjuicios: *destruye el espíritu interior y la devoción; impide el fruto de las confesiones y comuniones; quita el mérito adquirido por la intención en toda obra buena hecha en estado de gracia y en los padecimientos sufridos por amor de Dios; deja que el alma muera en la inacción*.

¡Sacúdete, pues, alma rutinaria! Esa vida no es la de una religiosa, ni la de una cristiana, ni siquiera la de una criatura racional. Al empezar cualquier acto, debes decirte con paz y con calma: *Voy á hacer tal cosa, de tal manera, por tal motivo, y obrando así quiero contentar á Dios*.

2.º—LA NEGLIGENCIA EN LAS COSAS PEQUEÑAS

I. Llámanse *cosas pequeñas* las prescripciones que se hallan casi en todos los momentos del día, cuya observancia pide muy poco tiempo, y cuya violación constituye para cada una de ellas una falta de poca entidad.

Estas *cosas pequeñas* están, digámoslo así, á *la orden del día*: levantarse al primer toque de la campana; la puntualidad en acudir adonde

nos llama la campana, y en dejar el trabajo comenzado en cuanto lo manda la obediencia; subir ó bajar una escalera más bien despacio que de prisa; el número de oraciones que se ha de rezar á tal hora.....

Se encuentran en *el porte*, que nos pide andar ordinariamente con los ojos bajos; que indica la manera de sentarse, de colocar las piernas, las manos; de arrodillarse ó estar de pie; de rezar; de sostener el libro; de hacer las diferentes ceremonias prescritas para el coro, para el capítulo, para la culpa; de llevar tal ó cual vestido; de vestirse de tal ó cual manera.....

Se encuentran en *la celda*, á propósito del orden que en ella debe reinar y de los objetos que se deben tener; en *el refectorio* respecto al momento en que hay que desdoblar la servilleta, y al modo de tomar ó colocar los objetos.....

Se encuentran en *las mutuas relaciones de caridad ó de cortesía*; en las fórmulas que se han de emplear cuando se hablan, cuando se escriben, cuando se pide algo á la superiora..... Hay ciertas comunidades en que las hermanas han de llamarse mutuamente *mi querida hermana*, y á la superiora le dan el título de *reverenda madre*.

Se encuentran en *las relaciones de amistad*, prohibiendo el tocarse ni aun la mano por afecto; el juntarse dos á solas durante el recreo, fijando horas para ir al locutorio y el tiempo y la manera de estar allí.....

II. Todas estas prescripciones son *pequeñas*, son lazos imperceptibles, pero que unen entre

sí las perlas de un collar; son *hilos finos*, pero entrelazan muchos retazos de tela que, reunidos, forman un todo. Cortar uno solo poco importa, pero es preparar una desorganización que puede llegar á ser general é irremediable.

La negligencia en las cosas pequeñas es *un medio de seducción* de que se vale el demonio. A la religiosa á quien quiere apartar del deber guárdase bien de proponerle faltas graves, desobediencias formales, faltas serias contra la pobreza; al inducirla á infringir ligeramente la regla y á concederse alguna satisfacción para mitigar la austeridad de su vida, le dirá: *¡Eso es tan poco!*, y así hará que se acostumbre al desorden, á la pereza, á la murmuración. El demonio comprende mejor que nosotros toda la extensión de este oráculo de los libros santos: *El que desprecia las cosas pequeñas, caerá en faltas graves.* (Ecle., xix, 1.) Y estas palabras de Jesucristo: *«El que falte en lo poco pecará también en lo mucho.»* (Luc., xvi, 10.)

Y aun cuando la negligencia en las cosas pequeñas, que induce necesariamente á *las faltas pequeñas*, no fuera causa de que la religiosa cometiera faltas graves, por lo menos resfría en ella *el amor de Dios*, que es el único que puede hacerle sentir las delicias de la vida que ha abrazado; le hace perder aquella *delicadeza de conciencia* que rodeaba su alma como un doble muro, preservándola de muchísimas caídas. Fortifica además las *malas inclinaciones* opuestas á la ley de Dios, que todos sentimos en el fondo de nuestra alma, y estas inclinaciones acaban por arrastrarla sin que apenas

lo advierta. La induce á regatear con Dios, por decirlo así, ateniéndose únicamente á lo que se llama *esencial*, y Dios, á su vez, se reserva sus dones.

¡Pobre alma ilusa! Tú mides los homenajes la obediencia, la fidelidad, y Dios mide también su benevolencia, su protección, su amor.... Rehusas á Dios lo que, según dices, no le debes en absoluto, y Dios te rehusará los socorros extraordinarios que tanto necesita tu flaqueza en los días de tentación, y las gracias selectas que reserva para sus amigos.

La negligencia en las cosas pequeñas produce ligeras heridas en tu corazón, espíritu y sentidos; heridas ligeras sin duda, pero que, multiplicándose, alteran el principio de la vida espiritual, que corre el riesgo de perderse. Fíjate en esta gradación: *El justo se descuida y se debilita; la gracia disminuye; el hombre de pecado se fortifica; el religioso decae; el cristiano desaparece.*

III. Sacúdete, pues, alma negligente. ¡Oh! ¡Si supieras cuánto podrías ganar siendo fiel en esas menudencias que se te presentan á cada paso, y en las que apenas fijas la atención!

1.º *Glorificas á Dios*, que ve en ti una sierva fiel y generosa que cumple su voluntad hasta en los menores detalles, y la cumple con amor.

¡Ah! Se necesita amar mucho á Dios para ser exacta y puntual en todas las cosas, para sacrificar al deseo manifestado por Dios una satisfacción legítima ó un trabajo empezado; dejando en cuantó suena la campana una la-

bor que nos gusta, á una hermana cuya conversación nos encanta, un libro que nos recrea, y aun la letra comenzada y la frase sin concluir.

Es preciso amar mucho á Dios para darle á cada instante del día y por toda la vida la voluntad, los miembros, las fuerzas, los gustos particulares, pues todo esto supone una *alma heroica*. Esta constante fidelidad en las cosas pequeñas es hija del *espíritu de celo*, que no pierde ocasión de agradar á Dios y de honrarle; del *espíritu de desprendimiento*, que se presta á todos los sacrificios que piden mucho á la naturaleza y nada dejan á la vanidad; del *espíritu de gratitud*, que, conmovido por la generosidad de Dios, quiere darle cada día más; del *espíritu de humildad*, que, viendo la desproporción infinita que hay entre lo que puede la criatura y lo que Dios merece, procura suplir con un amor intenso y con una fidelidad siempre creciente la mezquindad de sus acciones; del *espíritu de valor y generosidad*, que con la continua atención á todas las cosas pequeñas quiere hacer de cada día, de cada hora, de cada minuto, otros tantos sacrificios á Dios, á quien se ha consagrado.

2.º *Te santificas*, y de la manera más segura y más inquebrantable por lo mismo que lo haces todo impulsada por el amor que tienes á Dios. Ciertamente no es ni la *vanidad*, ni el *amor propio*, lo que puede inducir á la fidelidad en las cosas pequeñas, sino únicamente el amor de Dios, porque sólo El ve y aprecia lo que haces y el trabajo que te cuesta el hacerlo.

Por lo demás, ya sabes que una acción no es realmente grande ni santificante por el brillo que la rodea, sino *por la intención* con que se hace; *por el movimiento de la gracia que la inspira; por la aprobación que Dios le da y por el premio que quiere darle*. Procura, pues, ser fiel sierva de Dios, y Dios, tu dueño y Señor, te dará algún día: «Todo lo he contado y todo lo voy á recompensar. Tus sacrificios eran pequeños, pero los has multiplicado; tus acciones sólo ofrecían á los ojos de los hombres débiles apariencias, pero tu amor y tu constancia las han hecho dignas de mí: *Entra en el gozo de tu Señor.*»

3.^a — LA TIBIEZA

I. La tibieza, resultado casi inevitable de la negligencia en las cosas pequeñas, *es falta de valor, de fuerza, de celo, de buena voluntad, particularmente en el cumplimiento de nuestros deberes.*

Es el estado de una religiosa que sin duda quiere ser *buena religiosa*, y que hasta se admiraría si le dijeran que no es *buena religiosa*, pero que no toma medio alguno para serlo. Está atacada de una enfermedad de languidez, ó más bien sumida en una especie de letargo espiritual, que la deja insensible á las advertencias, ejemplos y reprensiones.

Se fastidia en la oración, que la fatiga por lo larga y monótona; va arrastrando al trabajo, haciéndolo siempre á la fuerza; pasa muchos ratos con la mirada errante y el cuerpo decaído;

asiste á todos los ejercicios, pero sin darse cuenta de lo que pasa, ni de lo que hace.

Su alma es aquel *campo del perezoso*, siempre inculto y lleno de abrojos y espinas; aquella *higuera estéril* que no produce más que hojas; aquel *camino* en donde las malas hierbas ahogan las inspiraciones de la gracia, los remordimientos de la conciencia, los buenos ejemplos de las demás; por fin, aquella *estatua* que tiene orejas, pero no oye; ojos, pero no ve; boca, pero no ora, y corazón, pero que no late por Dios.

Ved el retrato que hace Casiano del religioso tibio:

«Teme y aborrece el retiro, se fastidia en la celda, desprecia á sus hermanos, trabaja con languidez, no le infunde temor ni remordimiento su negligencia y flojedad en el cumplimiento de los deberes religiosos; es esclavo de la sensualidad, se derrama al exterior, se ocupa en los negocios del mundo, se complace en las conversaciones ociosas, recibe muy mal los avisos caritativos que le dan y busca pretextos para no seguirlos; soporta difícilmente el yugo de la disciplina, conserva afecto desordenado á su casa, á sus bienes, á sus parientes, y se permite familiaridades peligrosas.»

La religiosa tibia experimenta de vez en cuando ciertas sacudidas que, al parecer, la vuelven á Dios: por ejemplo, en unos ejercicios, en un retiro, al ocurrir la muerte de alguna hermana, cuando la casa está amenazada de alguna epidemia....

Mas estas impresiones é inclinaciones hacia

el bien son siempre pasajeras, y pronto vuelve á su primer estado. *Después de todo, dice, yo no cometo culpas graves; y realmente, cuando se confiesa apenas halla alguna falta bien explícita de que acusarse: todo se reduce á distracciones en la oración, un poco de flojedad en el trabajo, alguna faltilla contra la caridad..... y nada más; no tiene tentaciones ni inquietudes, y ciertamente no hay que extrañarlo; el demonio no necesita empujarla al abismo, porque se va ella sola.*

II. Es triste, muy triste ese estado; más triste que el estado de pecado mortal. ¡Ojalá, dice el Espíritu Santo al alma tibia, ojalá fueses del todo fría! Un pecado mortal que te humillara profundamente y te hiciera ver el infierno abierto bajo tus pies, te pondría espanto y te haría volver, siquiera por temor, al Dios de quien te has alejado; pero la tibieza te deja indiferente ante el pensamiento de la condenación eterna, insensible á las exhortaciones que conmueven á tus compañeras, que son más piadosas; la tibieza te dice, y tú te lo crees con la mayor frescura: *Eso no va contigo.* Tu tibieza obliga á Dios á decir una de esas expresiones que apenas osarían pronunciar labios humanos: *Te voy á vomitar.....* ¡Oh! Cuán repugnante y nauseabundo debe de ser ese estado cuando Dios, que busca á los pecadores con solicitud y los recibe con ternura, que se sienta á su mesa como un amigo, que los abraza como abrazó á Judas, Dios experimenta tal disgusto hacia ti, alma tibia, que, á pesar de su amor, no te puede sufrir y está dispuesto á vomitarte,

como se arroja la comida que pesa en el estómago.

Estudiemos rápidamente los efectos de la tibieza.

1.º *Es principio de una enfermedad espiritual, casi incurable;* para curar una enfermedad es necesario conocer su naturaleza y gravedad, ó á lo menos saber que existe; y el alma tibia no se tiene por tibia, sino que, al contrario, se irrita si le dan á entender que podría serlo; por eso san Bernardo estaba persuadido de que *la conversión de un hombre del mundo, por muy perverso que sea, ofrece menos dificultades que la de un religioso tibio.*

2.º *Expone á peligro próximo de pecado mortal, y, lo que es más terrible, á vivir en pecado mortal.* Como el alma tibia comete fácilmente y casi sin remordimientos una multitud de pecados veniales, advierte que poco á poco se le va disminuyendo el temor de ofender á Dios. Roto este freno, deja á la imaginación que vaya desbocadamente á divertirse con pensamientos sensuales que fácilmente llegan á ser impuros; concede á los sentidos ciertas libertades que llegan á ser culpables; permanece temerariamente indecisa entre la resistencia y el consentimiento á la tentación: *esto está permitido, esto no está prohibido.....*, y cuando llega el momento de *la duda* sobre si ha consentido ó no, se forja principios fáciles ó, mejor dicho, se crea razones evasivas para excusar sus faltas.... ¡Ah! No olvidemos el infalible oráculo: *El que ama el peligro, en él perece; el que desprecia las faltas pequeñas, caerá en las grandes.*

3.º *Expone á una muerte poco cristiana.* La muerte, dicen los santos, *es el eco de la vida*, y sería un prodigio morir con fervor cuando se ha pasado la vida en la tibieza. Al acercarse la muerte, la religiosa tibia no desea el cielo: ligada con mil lazos á la tierra, no tiene más que una preocupación, *curarse*. Y cuando llega la hora de recibir los últimos Sacramentos, cuando ha comprendido que ya no hay esperanza de vivir, ¡oh!, entonces reza y se encomienda á Dios, á la Virgen Santísima, al Angel de la guarda; se humilla, pide perdón, y suplica á las hermanas que pidan por ella, y hace generosamente el sacrificio de su vida, pero..... ¡cómo flaqueará en aquel trance su confianza ante el recuerdo de su tibieza y poca generosidad! ¡Y delante de Dios! Delante de tu Dios, á quien tan mal has servido, y que sin embargo te ama, puesto que ha permitido que te reconozcas y llores tus extravíos, pobre hermana, ¡qué confusión! ¡Qué pesares! ¡Y qué dura expiación en las llamas del Purgatorio!

III. Sacúdete, pues, te diremos por tercera vez, alma que te has dejado dominar de la tibieza. Ese mal ha empezado por la negligencia en las cosas pequeñas; en adelante *se fiel* hasta en las cosas más menudas de tu regla; por la flojedad en el trabajo y la incuria en el cumplimiento de los deberes cotidianos, por la falta de sumisión y respeto á los superiores, esmérate en ser laboriosa, sumisa, respetuosa; pide permiso para todo; no te permitas la más leve falta, aun cuando por algún tiempo tengas que hacerte realmente violencia.

Sobre todo ora: ora mucho, pues sin esto nada conseguirás; sé franca y sincera en tus relaciones con la superiora y el confesor, á quien debes dar parte de tu resolución, suplicándole que te ayude con firmeza y dándole cuenta de tus esfuerzos, caídas, valor ó cobardía.

Castígate á la menor infracción; haz en ti misma lo que harías con una niña rebelde, antojadiza, voluntariosa, á quien tuvieras que educar.

IV. Pero no estará de más precisar bien *las señales de la tibieza*. Algunas almas tímidas se asustan fácilmente, porque, sintiéndose abatidas y sin gusto, piensan que *son tibias*, y tienen miedo de Dios. He aquí algunos detalles explícitos que podrán ilustrarlas:

1.º Estar distraída en la oración y en el rezo *no es ser tibia* si le pesa de tales distracciones y pone los medios para prevenirlas y disminuirlas.

Experimentar mucho disgusto en el rezo, mucha sequedad en la comunión, mucho tedio en la oración, pero no dejar ni el rezo, ni la comunión, ni la oración; hacer todo esto á la hora indicada, todo el tiempo señalado, sin dismutarse por el poco fruto obtenido, *no es ser tibia*.

Cometer faltas, aunque sea poco después de la confesión, pero arrepentirse en seguida; impacientarse y decir algunas palabras mordaces, pero humillarse sinceramente y castigarse por ello; ver que es egoísta, vanidosa, perezosa, pero obrar contra estas funestas tendencias, *no es ser tibia*.

Todo esto es la lucha, es la vida, es el camino del cielo.

2.º Rezar mal por culpa propia, por disgusto, por negligencia, y omitirlo sin remordimiento, *es un principio de tibieza.*

Leer libros que no son los mejores para instruir, ilustrar, conmover, encaminar hacia Dios, sino los que tienen por objeto entretener y divertir; hacer los exámenes con precipitación, sin deseos de conocerse ni de enmendarse; confesarse vagamente, sin precisión, sin dolor y sin firme propósito de enmendarse; comulgar sin preparación especial, sino únicamente porque es día de comunión y porque las otras comulgan; pasar el día de comunión casi sin acordarse de la felicidad de la mañana, *son pruebas de que la tibieza se va apoderando del alma.*

Gustar de noticias; entregarse á la disipación, sobre todo no reprimiendo las miradas y el afán de hablar; alimentar cierto disgusto por las cosas de Dios sin inquietarse por ello; no querer carecer de nada; no querer sufrir ninguna molestia ni adversidad; cometer faltas leves, temiendo más la humillación consiguiente que la ofensa de Dios; no hacer caso de las inspiraciones de la gracia, ni de las advertencias de los superiores, *son pruebas del estado de tibieza.*

Después de la lectura de estas páginas, ¿no comprendes mejor estas palabras que decíamos al principio de este artículo?

No estés jamás sin *temor filial*, dón del Espíritu Santo, que te hará *vigilante, temerosa,*

delicada; fiel á la oración; humilde para recibir una reprensión; fuerte para resistir á todas las malas inclinaciones; prudente para distinguir todas las ilusiones y discernir todos los peligros.

ARTÍCULO SEXTO

Ilusiones sobre el mérito personal.

¡Son muy fecundas las ilusiones sobre *nuestro mérito personal!* Ni la edad, ni la experiencia, ni las decepciones, nada las disipa por completo; nos acosan hasta en el lecho de la muerte.

Estando en el desierto y lejos de las miradas humanas, el solitario se sorprende á sí mismo, complaciéndose con este pensamiento: *Algo valgo yo;* y si vive con otro compañero, aun cuando sea su superior, siente también surgir en su espíritu este pensamiento: *Valgo por lo menos tanto como él.* Menos mal si no llega á decir como el fariseo del Evangelio: «*Gracias os doy, Dios mio, porque no soy como los demás hombres, que son injustos, ladrones, sensuales, ni siquiera como éste que está aquí á mi lado.*»

¡Pobre, pobre naturaleza humana! «Tan arraigada está la vanidad en el fondo del corazón del hombre—dice Pascal,—que un harapoño, un marmitón, un ganapán, se gozan y jactan de tener admiradores, y hasta los mismos filósofos los quieren; y los que escriben contra la gloria quieren tener la gloria de haber escrito bien; y los que lo leen quieren tener la gloria